

cumplirse sino más tarde, habiendo ya dispuesto de la corona de España, que había ofrecido á su hermano Luís. Importa tener todas esas circunstancias presentes en el espíritu, si se quiere juzgar con imparcialidad una de las falsedades más audaces, y hasta aquí más universalmente aceptadas que se puedan citar en el triste repertorio de las supercherías históricas. El documento á que aludimos es la tan conocida carta de Napoleon á Murat del 29 de Marzo de 1808. Esta carta la publicó por primera

vez Las Cases, en el *Memorial de Santa Elena*, luego la reprodujo Montholon, quien afirma, como el mismo Las Cases, habérsela comunicado personalmente Napoleon. Lleva en sí misma en tan alto grado el sello del estilo y de las ideas del emperador, que ha engañado á todos los historiadores, hasta á aquellos que no han podido menos de observar hasta qué punto está en contradicción con todo lo que Napoleon escribió antes y después de esta carta. Habiendo venido los últimos y con los



CARLOS IV y NAPOLEON I

más seguros medios de investigación, los editores de su *Correspondencia*, á la vez que hacían constar la imposibilidad de encontrar el original, ó la minuta, ó una copia auténtica de ese documento, no vacilaron por esto en clasificarla entre las cartas del emperador, sin preocuparse en lo más mínimo de los intereses de la verdad histórica y el error á que exponen la buena fe de sus lectores.

Esta carta, escrita con la intención evidente de echar sobre Murat la responsabilidad de los sucesos de España, no es otra cosa que una larga reprehensión en la cual Napoleon profetiza á su cuñado, con una previsión que no vacila un historiador en llamar *sobrenatural*, todas las dificultades que surgieron á su alrededor. Quéjase en ella con amargura de ser arrastrado y comprometido por la aturrida

precipitación de Murat.—«Teme que Murat no se engañe, y no se engañe á sí mismo sobre la situación de España. Murat no ha de creer que ataque á una nación desarmada; los españoles son un pueblo nuevo, enérgico, que tiene todo el valor y entusiasmo de los hombres no gastados por las pasiones políticas. La aristocracia y el clero son los dueños de España. Harán levantamientos en masa que eternizarán la guerra... España tiene cien mil hombres sobre las armas; divididos en varios puntos, servirán de núcleo al levantamiento total de la monarquía... Puede hacer mucho bien en España, pero ¿cuáles son los mejores medios que hay que tomar? ¿Irá á Madrid? ¿Ejercerá el acto de un gran protectorado pronunciando entre el padre y el hijo?... No es necesario precipitar nada, conviene tomar con-

sejo de los sucesos... Desapruebale haber penetrado tan prontamente en Madrid, era necesario mantenerse á lo menos á diez leguas. Murat ha de tener cuidado de no comprometerle á tener una entrevista con Fernando, sino caso de que juzgue la situación de las cosas como si Napoleon debiese reconocerle como rey de España. En este caso hará de manera que los españoles no puedan sospechar el partido que Napoleon tomará, esto no será difícil, puesto que él mismo no lo sabe.» Luego sigue la exposición de los planes que el emperador

medita para la regeneración de España y el perfeccionamiento de sus instituciones. Une á ello nuevas recomendaciones sobre las atenciones que Murat ha de tener con los habitantes, y en particular con la nobleza y el clero; especificando las promesas que debe hacerles. Termina la carta con algunas instrucciones militares que examinaremos con las otras.

Lanfrey entra aquí en una larga disertación para probar la falsedad de esta carta del 29 de Marzo



DARU

que al mismo Thiers pareció chocante y que quiso autorizar diciendo que se escribió pero que no se envió, concluyendo que en todo ello no hay más que otra falsedad de Napoleon para cargar á otros la responsabilidad de la guerra de España que le anonadaba. (Nosotros estamos en un todo conformes con Lanfrey).

...Napoleon había juzgado que había, en fin, llegado el momento de obrar. Dos circunstancias lo explican claramente, una es su salida para Burdeos, á donde llega el 4 de Abril; la otra es el envío de Savary á Madrid, su hombre de confianza y de ejecución. Habiendo sido, según toda probabilidad, verbales las instrucciones dadas por Napoleon á Savary, es difícil conocer su tenor en todas su extensión. Los actos de Savary dicen sobrado lo que

pudieron ser. Su misión consistía en llevar Fernando á Bayona. En cuanto lo que él cuenta en sus *Memorias*, no es otra cosa que un tema visiblemente calcado sobre el documento apócrifo de que acabamos de hablar. Desenvuélvelo en una ampliación de las más solemnes que él presta á Napoleon y cuya inverosimilitud llega á lo grotesco. Todo lo que dice sobre el papel que él desempeñó no es más que un tejido de groseras fábulas, contadas con la placidez y sencillez de la alma más ingeniosa. Para dar una idea de la sinceridad de ese buen apóstol, me bastará decir que Savary no vacila á imputar á Murat solo el viaje de Fernando á Bayona. En cuanto á Savary, si acompañó al joven rey en su viaje, es únicamente para aprovecharse de sus cambios de caballos; es sólo esta casualidad la que ha hecho que «su coche figurase

entre los del convoy real;» en una palabra, él es tan extraño á esta aventura como á la del duque de Enghien. Además declara, con la autoridad de un testigo ocular, que Napoleon no concibió la idea de destronar á los borbones de España sino después de haber juzgado por sí mismo en Bayona, toda la incapacidad de Fernando, después de haberse, en cierto modo, visto obligado á ello por la insurrección que estalló en Madrid á consecuencia de la marcha de Fernando á Francia.

Pueril sería refutar en serio tales aserciones. La correspondencia de Napoleon demuestra hasta la evidencia que antes, lo mismo que después, de la misión de Savary, y particularmente en lo que concierne al viaje de los dos reyes á Bayona, Murat no hace más que conformarse con los deseos varias veces expresados por Napoleon: «Ya os he dicho, le escribe el 5 de Abril, que llevéis al Escorial al viejo monarca y que os hagáis dueño de él, y que le hagáis venir con el príncipe de la Paz á Bayona...» «En cuanto al nuevo rey, me decís que debía venir á Bayona, yo creo que esto no puede ser más que útil.»

Murat, desde el momento que aparece Savary, no desempeña más que una segunda parte y deja á Savary la dirección de la empresa. Sométese dócilmente á las prescripciones de un hombre iniciado en las más secretas voluntades de su amo:—«Es de desear, le escribe Napoleon el 9 de Abril de 1808, que el príncipe de Asturias esté en Madrid ó venga á mi encuentro. En este último caso, le esperaré en Bayona. Sería sensible que pudiera tomar un tercer partido,» es decir sería sensible que pudiera escaparse. «Savary conoce todos mis proyectos y ha debido comunicarnos mis intenciones. Cuando se conoce el fin á que se tiende, con un poco de reflexión llegan los medios por sí mismos.» Al día siguiente, 10 de Abril, al participársele la partida de Reille «con instrucciones en el sentido de las de Savary,» añade: «Cuando el fin que me propongo y del que os habrá enterado Savary, se haya llenado, podréis declarar verbalmente y en todas las conversaciones que mi intención no es sólo conservar la integridad de las provincias y la independencia del país, sino también los privilegios de todas las clases, que tengo el deseo de ver feliz á España, etc. Los que quieren un gobierno liberal y la regeneración de España, lo encontrarán en mi sistema... Los grandes que quieren la consideración y los honores que no tenían en la administración pasada, la encontrarán, etc.» Aquí ya quien habla es el futuro soberano. En fin, por cartas de Murat

sabe que ya ha llegado á Madrid Savary y le expresa su satisfacción en términos que dan testimonio del perfecto acuerdo que reinaba entre esos tres hombres: «He sabido con satisfacción la llegada de Savary. Mis instrucciones estaban absolutamente conformes con lo que vos queráis hacer.»—12 de Abril.

En el momento mismo en que Napoleon escribía esta carta hacía ya dos días que el rey Fernando VII, decidido por las promesas que Savary le llevaba en nombre de su soberano, se había puesto en camino contra la opinión de sus consejeros más prudentes para ir al encuentro de Napoleon. Había salido de Madrid el 10 de Abril, dejando la administración del reino encargada á una Junta superior que debía gobernar durante su ausencia. Difícil sería tanta ceguedad, si no se supiera á qué locas extremidades de largas incertidumbres pueden llevar á un espíritu combatido á la vez por el temor, la esperanza y la pasión de reinar. La situación de Fernando era por otra parte tal que, hasta sospechando, como se le ocurrió más de una vez, la existencia de las tramas que le rodeaban, le hubiese sido muy difícil tomar un partido exento de inconvenientes y hasta de peligros. En presencia de la acumulación creciente de tropas francesas en Madrid, no era posible permanecer mucho tiempo en dicha ciudad sin ponerse á discreción de Murat. Este era ya dueño de ella, y tomaba ya los aires y el tono de un vencedor. Por otra parte huir, para buscar un refugio más seguro, era preciso hacer lo que se le había reprochado á Carlos IV como un crimen, y lo que había decidido su caída. Era, además, romper abiertamente con Napoleon.

Si Napoleon tenía intenciones poco amistosas, era ofrecerle el único pretexto que pudiera permitir su realización, pues lo que ni Fernando ni su preceptor Escoiquiz, hermoso espíritu nutrido de reminiscencias clásicas, podían admitir, era que un grande hombre, un héroe llegado á tal alto grado de gloria y de poder, consintiera en envilecerse hasta el punto de robar una corona empleando medios arteros...

En verdad la actitud de Murat no era en modo alguno tranquilizadora. No sólo se negaba á reconocer al nuevo soberano, sino que, á la vez que le instaba para que accediera á los deseos de Napoleon, le mostraba á menudo una despreciadora frialdad como si desdeñara ya representar por más tiempo el papel de la disimulación que había aceptado.

¿Pero no debía mejor referirse al lenguaje que

siempre había hablado y hablaba el leal Beauharnais que no había cesado de aconsejar á Fernando que se arrojase en brazos de Napoleon? ¿No debía estar mejor informado el embajador que el general? ¿Y si no bastaba su testimonio, no se tenía el del honrado Savary, quien, síntoma significativo, prodigaba á Fernando los títulos de majestad que le rehusaba Murat, y quien además declaraba, con su franqueza todo militar, que llegaba á Madrid para cumplimentar el rey en nombre del emperador; que Napoleon sólo quería asegurarse de si los sentimientos de Fernando eran tan favorables á Francia como las del rey Carlos, en cuyo caso se apresuraría á reconocerle; que el mejor medio de llegar á ello prontamente era una entrevista entre los dos soberanos, entrevista tanto más fácil de realizar cuanto que Napoleon estaba ya en camino para marchar á Madrid en donde se le encontraría todo dispuesto en favor del príncipe si le veía que corría á él?—*Escoiquiz y Cevallos.*

Hé aquí como se decidió ese fatal viaje, á pesar de las súplicas de algunos servidores leales que habían adivinado la traición. Bien que no tuviera noticia alguna de la entrada de Napoleon en España, bien que supiera positivamente por su hermano, el infante Carlos, que había partido algunos días antes que él, que esta entrada no había tenido lugar, Fernando creía que no debía ir más allá de Burgos en donde llegó el 12 de Abril. Esta ciudad estaba ocupada por Bessieres que había recibido la orden de Savary, muy pronto confirmada por Reille, de emplear si el caso lo exigía, la fuerza para obligar al joven rey á continuar su viaje hasta Bayona. Fernando manifestó alguna vacilación que muy pronto supo Savary disipar. En Vitoria supo, no hay que dudarlo, que Napoleon no se había movido de Burdeos. Esta perentoria demostración de los artificios é imposturas que se habían puesto en obra para atraerle fuera del reino fué para su espíritu un rayo de luz. Llamó á Savary, y le declaró que le había engañado, y que estaba decidido á no ir más lejos. Hasta Burgos, la actitud de los pueblos había sido la del entusiasmo y de la exaltación, aún cuando en general se desaprobaba el viaje. Pero desde que se iba acercando á la frontera, no oía más que un grito para deplorar esta insensata resolución.

El buen sentido popular, á la vista de esos escuadrones de caballería que se replegaban de todas partes al pasar el cortejo real, cerrándole todas las salidas bajo el pretexto de servirle de escolta de honor, había penetrado muy pronto el misterio de toda esta combinación tan sabiamente preparada;

la multitud se aglomeraba al rededor de los carruajes suplicando al rey que no fuera más adelante. En Vitoria la emoción popular se hizo tan amenazadora, que Savary aún cuando estaba armado de todos los medios para hacer cesar la resistencia del rey y estuviera fuera de sí por la negativa del rey á continuar su viaje, antes de decidirse á emplear la fuerza, fuese á ver á Napoleon para recibir de él nuevas instrucciones, ó nuevos medios de engañar á su víctima.

Fernando rodeado de los regimientos de la división Verdier y de la caballería de Bessieres, sentía la necesidad de no comprometerse con Napoleon. Quería ante todo recibir de él una explicación satisfactoria. Escribíale, pues, el mismo día de su llegada á Vitoria, recordándole todas las prendas de docilidad y de adhesión que le había dado desde su elevación al trono, la contra-orden que había dado á las tropas de Portugal que regresaban á España, atenciones dispendiosas prodigadas á las tropas francesas á pesar del mal estado de la Hacienda, su admisión en la capital con exclusión del ejército nacional, en fin, el viaje del infante Carlos y el suyo propio. A todas esas muestras de adhesión, Napoleon no había contestado más que con el silencio y con su constante negativa de no reconocer á Fernando. Ahora que, por las reiteradas instancias de Savary, y sobre las seguridades que daba de que Napoleon deseaba tan solo «saber si el nuevo reinado produciría cambios en la política de los dos Estados» había llegado hasta Vitoria, rogaban encarecidamente á Napoleon que hiciese cesar la situación penosa á que estaba reducido por su silencio.

Savary llegó á Bayona casi al mismo tiempo que su amo, y llevó á Fernando la respuesta de Napoleon:—«Hermano mío, le escribía el emperador, he recibido la carta de Vuestra Alteza Real. Ella ha de haber adquirido la prueba en los papeles que habrá tenido del rey su padre del interés que siempre he sentido por ella; y ella me permitirá en la actual circunstancia, que le hable con toda franqueza y lealtad. Al llegar á Madrid, yo esperaba llevar á mi ilustre amigo á algunas reformas necesarias en sus Estados... Los negocios del Norte han retardado mi viaje, y han ocurrido los sucesos de Aranjuez. No soy juez de lo que ha pasado, pero lo que yo se es, que es peligroso acostumar á los pueblos á derramar sangre y á hacerse justicia por sí mismos.» Después de este párrafo que demostraba su buena voluntad lleno de máximas edificantes, Napoleon intercedía en favor del príncipe de la Paz cuyo proceso no